

Erosión y cúmulo en el euskera

por

Ignacio María de Echaide

Todo envejece en el mundo; pero en cada instante hay seres jóvenes, maduros y ancianos. Esto no se refiere sólo a los seres vivos, sino también a los seres inanimados. Hay montañas viejas y jóvenes y hay llanuras jóvenes y viejas, según que los agentes erosivos hayan ejercido durante más o menos tiempo su acción; y hay finalmente, idiomas casi pulverizados por la acción del tiempo y otros que conservan con escasa alteración sus formas primitivas.

Las montañas jóvenes tienen aún las formas abruptas que tomaron al nacer, sus laderas son generalmente de fuertes declives y el tránsito de la montaña al valle es brusco y repentino. Pero con el transcurso de los siglos, los agentes erosivos desgastan sus cumbres y sus laderas, los detritus llenan los valles y las jóvenes montañas se convierten en montañas viejas de formas redondeadas y suaves, con declives moderados y tránsito insensible entre la montaña y el valle.

Las llanuras jóvenes conservan una gran altura sobre el cauce de los ríos, que forman en ella profundas gargantas. Pero, según van envejeciendo, el arrastre va disminuyendo su altura y su nivel va bajando al de los ríos, quedando, únicamente, aquí y allí cerros, testigos, que ponen de manifiesto el primitivo nivel de aquellos lugares.

Cosa parecida ocurre con los idiomas. En su origen han sido perfectos, como salidos de la mano de Dios, lógicos, de gran riqueza de formas gramaticales, de arquitectura grandiosa, de

formas majestuosamente definidas. Pero con el transcurso del tiempo, se desgastan las formas, disminuye la abundancia en las conjugaciones, la riqueza filosófica amengua, se pierden sílabas, se corrompen o mueren las declinaciones, se mezclan vocablos y hasta formas gramaticales de unas y otras lenguas y muchas veces se camina al monosilabismo.

Estos fenómenos de erosión en los idiomas se ven clarísimamente en el choque entre el latín y las lenguas germánicas a que dió lugar la invasión de los bárbaros, choque en el cual ¡cosa asombrosa! pereció la lengua más civilizada, dando origen a los idiomas latinos modernos y no perecieron las lenguas de los pueblos bárbaros. Pero tampoco éstas pueden jactarse de no haber sufrido los efectos destructores del tiempo y de la lucha con otros idiomas. El lenguaje de los ostrogodos, en tiempo de Teodorico, tenía una perfección, una riqueza de formas y una sonoridad que ya no posee el alemán; se distinguían el nominativo, acusativo y vocativo, existía el dual y una forma pasiva de conjugación sin verbo auxiliar.

Pero ¿qué son estos estragos, en comparación de los que sufrió el latín para pasar a los idiomas latinos actuales?

El castellano es, ciertamente, uno de los que menos ha sufrido por parte de los agentes erosivos. Ha conservado la longitud de las palabras, la variedad de la acentuación y una rotundidad grandiosa en los sonidos que le hacen uno de los idiomas más aptos para la grandilocuencia, así como uno de los menos adecuados para las dulces intimidades familiares y estridente en la boca de los niños.

Mas, no se vaya a inferir de lo dicho que en el castellano escaseen los fenómenos de erosión. Las sílabas *que, qui, gue, gui*, ya no se pronuncian *kue, kui, güe, güi* (como en el italiano), sino *ke, ki, gue, gui*. La *v* se pronuncia *b*, fenómeno que algún autor (don Eusebio Hernández, autor de una gramática histórica de la lengua española) lo atribuye a la influencia del euskera, ya que a este idioma repugnan los sonidos *f* y *v* y careció originariamente de ellos. La *d* final (v. g. *bondad*) no se pronuncia o se transforma en *z*. Tampoco la comprendida entre *a* y *o* (v. g. en *pescado*). No existe_n

ll y *ñ* finales. La *m* se ha reducido a *n* delante de *b* y *p*. La sílaba latina *sanc* se ha reducido a *san*. La pérdida de la *h* es anterior al castellano pues dejó de pronunciarse en tiempos de Cicerón. Ha desaparecido la maravillosa declinación latina, modelo de elegancia y vigor, salvo algunos restos que quedan en el pronombre; en su lugar hay unas pocas preposiciones, incapaces, en la mayoría de los casos, de precisar el pensamiento. También la conjugación ha experimentado pérdidas.

La erosión del castellano está, pues, iniciada y probablemente seguirá acentuándose, puesto que hay aversión a las palabras largas; voces técnicas modernísimas como *duraluminio*, *automóvil* y *cinematógrafo*; se reducen a *dural*, *auto* y *cine*, a pesar de la notoria insuficiencia semántica de las voces contraídas.

Si del castellano pasamos a la lengua de Oc, hallaremos más avanzado el desgaste. Las palabras catalanas son, en general, más breves que las castellanas y abundan mucho las de una sola sílaba.

Pero nos parece inútil hacer un examen detenido de este idioma teniendo al lado otro en el que la acción destructora del tiempo se muestra con una intensidad mucho mayor. Nos referimos al francés.

En el francés, todas las palabras son de pronunciación aguda. Ello indica que se han perdido todas las sílabas que seguían a la acentuada. Pero el francés no se contenta con esa supresión, sino que, aun de la misma sílaba que conserva suprime la pronunciación, cuanto puede. Y así, ninguna consonante final suena a excepción de las *f*, *l*, *m*, *n* y *r* y aún para éstas hay no pocas excepciones, como, por ejemplo, la palabra *fusil*, en la que no se pronuncia la *l*. La misma *n* final, ya no es una consonante propiamente dicha, sino una nasalización tenue que remata la palabra, de consistencia harto frágil, para que no acabe por desaparecer. Aparte de esto, hay supresiones más importantes, como el final *ent* de la tercera persona del plural de los verbos y el caso típico de *boeuf* (plural *boeufs*) que tiene más letras pronunciadas en el singular que en el plural. Las vocales, por su parte, se han fundido y los

grupos *ai, ei, eu, oeu, au, eau, eo, ou, y oi* suenan como vocales únicas.

Estas supresiones han afectado profundamente a la conjugación, en la cual, si bien en la escritura se distinguen todas las personas, en la pronunciación no se pueden distinguir las tres primeras del singular. Pero aún hay algo más grave; y es que la conjugación se está abandonando y existe el temor de que, con los años, el verbo francés sufra una depauperación análoga a la del verbo inglés. ¿Quién dice ya *nous ouvrimés, que vous parlassiez, que nous vendissions*, etc.? Sobre el abandono de estas formas se ha escrito mucho en Francia; pero toda la literatura que corre sobre el particular no puede evitar la repugnancia que el francés más ilustrado siente por su empleo.

Si del francés pasamos al inglés, aún se encuentra un idioma más destruído. Casi no hay gramática; de conjugación sólo quedan vestigios, ha desaparecido el género y la tendencia al monosilabismo es manifiesta. En los poetas ingleses, como Milton, es corriente encontrar versos enteramente compuestos por monosílabos. Sin embargo, esas palabras, no eran monosílabas en el antiguo sajón o alemán de donde proceden, en los cuales poseían además desinencias de casos y tiempos que se han perdido con los años. Si el idioma inglés no tuviese un caudal tan enorme de voces latinas importadas, sería ya, seguramente, una lengua monosilábica. Pero la necesidad de emplear esas voces, patrimonio de una civilización refinada, voces que, en su mayoría, constan de muchas sílabas, frena aunque no disipa la tendencia del pueblo inglés al monosilabismo. En efecto, las palabras técnicas modernísimas se contraen también; y así pronuncia *uales* la palabra *wireless* (debía hoy pronunciarse *uaiaerles*); se emplea *superhet* por *superheterodyne*, etcétera.

Examinemos ahora las señales de erosión que presenta el vascuence.

Creemos, ante todo, que será tarea ociosa el desvirtuar la especie de que en el euskera todas las palabras son agudas; aunque lo fueran, no sería esta señal infalible de desgaste, mientras no se probase que esas palabras constaron anteriormente de más sílabas.

No es el caso del francés en el cual se conocen perfectamente las palabras llanas o esdrújulas de las que se han derivado las agudas actuales. Por otra parte, de existir esa pérdida, no sería imposible hallar, en alguno de los dialectos, rastro de las sílabas perdidas, en especial en aquellos en que la acentuación aguda está muy lejos de ser general. En ningún dialecto se halla rastro de la supuesta pérdida.

Pero, como decimos, lo de que las palabras en vascuence son todas agudas no pasa de ser un mito, mito con el cual Larramendi no estuvo conforme puesto que escribió una prosodia más o menos verosímil del euskera.

La acentuación en el vascuence, varía de unos dialectos a otros; palabras que son agudas en unos, son graves o esdrújulas en otros de pronunciación más musical. Pero, aun en aquellos dialectos en que las palabras son, ordinariamente agudas, el énfasis y la admiración atrasan el acento. Tal vez sea ésta la única norma de distribución del acento en el vascuence, porque es lo cierto que los dialectos que retrasan más el acento, tienen un modo de hablar más enfático.

En vascuence se contraen enormemente las palabras en el lenguaje vulgar, al modo del inglés. Se dice *eskuk* por *eskubak*, *biatzoik* por *biatz oyek*, *bakit* por *badakit*, *artuzazu* por *artu ezazu*, *loin* por *lo egin*, *zeitet* por *zer egiten det*, etc., etc. Pero esto solamente en el lenguaje vulgar; jamás ha trascendido a la escritura y el aldeano, en general, conoce las palabras no contraídas y las emplea en muchos casos.

En la conjugación se notan fenómenos de erosión; así *det*, *dezu*, *du* fueron en un tiempo *deut*, *deuzu*, *deu*; hoy en unos sitios han perdido la *u* (*det*, *dezu*) y en otros la *e* (*dut*, *duzu*, *du*); *dizaizula* se ha contraído a *deizula*, etc. Pero, a diferencia del caso anterior, quien no ha estudiado el vascuence gramaticalmente, desconoce las flexiones primitivas. El príncipe Bonaparte en su obra cumbre «Le Verbe Basque en tableaux» (Londres 1869, edición de 250 ejemplares) dice algo que no es exacto, a saber: «recueilli sur les lieux mêmes, de la bouche des gens de campagne». No es así; las flexiones que estampa Bonaparte son, en general, las literarias

y creo que en ninguna lengua del mundo emplea el vulgo, en su totalidad, el verbo literario, sino más o menos deformado; y en vascuence, mucho, por la tendencia que hay a contraer las palabras. Un trabajo tomado de la lengua del pueblo, lo iba publicando con paciencia alemana, el malogrado Bâhr en la R. I. E. V. (Segunda época).

Pero donde ha causado estragos la erosión, es en la toponimia y hay que tomar extraordinarias precauciones si no se quiere incurrir en yerros gravísimos al buscar su etimología.

En los años felices que sucedieron a mi matrimonio, veraneando en Aguinaga (Usúrbil), supe que dos caseríos próximos al mío llevaban los nombres de *Illuntxo-zar* e *Illuntxo-berri*. No dejó de extrañarme que se aplicasen estos nombres a caseríos situados en lo alto de una loma y que disfrutaban, por tanto, de luz esplendorosa, al paso que encontraba muy adecuado el nombre *Illumbe* dado a otro caserío encajonado en el sombrío y boscoso *Irisasi*. Muchos años más tarde supe de boca del Párroco don Juan Lasa (q. e. g. e.), que aquellos caseríos se llamaban *Irigointxo-zar* e *Irigointxo-berri*. Un poco más lejos, en las proximidades de Orio hay un paraje llamado por todos *Zaikola*; tardé, también, muchos años en averiguar que su nombre verdadero es *Saraikola*. Finalmente, nadie desconoce (por haber visto la luz en la R. I. E. V., año 1935, pág. 563) el notable trabajo de don Joaquín de Yrizar en el que se prueba que los nombres primitivos de las conocidas villas guipuzcoanas de Azpeitia y Azcoitia, fueron *Urazpeitia* y *Urazcoitia*. Se podrían multiplicar los ejemplos hasta el infinito. En general, en lo que a toponimia atañe, el vulgo desconoce los nombres primitivos.

El vascuence no tiene género; no es posible saber como en el caso del inglés, si lo ha perdido o si no lo poseía originariamente. Si algún día se encontrase un idioma pariente del vascuence, con género, tendríamos, acerca del vascuence, una prueba más de desgaste por la acción del tiempo.

Pero al lado del fenómeno de erosión, se presenta en vascuence el diametralmente opuesto de la acumulación; ésta ha ido prolongando las palabras innecesariamente, con el transcurso del

tiempo en la sufijación y en la conjugación. El sufijo *kuntza* equivale a *kun* y a *tza* separados; *entzako* significa lo mismo que *entzat*; *gabe*, *gabetanik* y *gabetanikan* significan lo mismo que *ga*; *ikan* lo mismo que *ik*; *tikan* lo mismo que *tik*; *begiratu* significa lo mismo que *begira*; *kendu* lo mismo que *ken*; *tzaile* lo mismo que *le*; *roki*, *kiro* y *toro*, lo mismo que *ro*, *ki* y *to*, etc. Referente a la conjugación podemos afirmar que en *naiz* la *i* y la *z*, son redundantes e inútiles; en *zaitez*, *gaitez*, *zaitezte* y *ditez* es redundante la última letra; en *nintzaion* es redundante *zai*; *dirade* significa lo mismo que *dira*; *gerade*, lo mismo que *gera*, etc. En muchos sustantivos se adivinan también señales de cumulación; *iratza* debió ser primitivamente *ira*; *zaunka*, *zaun*; *gorosti*, *goros*, etc., etc.

Resumiendo: podemos decir, que sólo se pueden señalar con certeza fenómenos de erosión extensa en la toponimia y en las flexiones verbales; y que, por lo contrario, la cumulación se extiende a todo el lenguaje.

De lo dicho se infiere que el euskera difiere esencialmente de los idiomas neolatinos en lo que a erosión y cumulación se refiere. Pudiera ser que en ciertas partes de su léxico y de su gramática haya sufrido notables deterioros, hoy difíciles o imposibles de descubrir; pero la maravillosa arquitectura de su verbo, único quizás en el mundo, denota una construcción arcaica y primitiva en la cual el huracán de los tiempos apenas ha dejado huella.
